

FRANCISCO ESPINOLA
CUENTOS COMPLETOS

arca



**FRANCISCO
ESPINOLA**

ARCA / MONTEVIDEO

1108519. E79.09

**CUENTOS
COMPLETOS**

Carátula Palheiro

© ARCA EDITORIAL
Colonia 1263 - Montevideo

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Impreso en el Uruguay — 1975

Todo el día estuvo toldado el sol, y las nubes, negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire, haciéndolo pesado, bochornoso, cansador.

A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, aquéllas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi; como si le dieran asco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevárselo bien lejos.

Cada bicho escapó a su cueva. La hacienda, no teniendo ni eso, daba el anca al viento y buscaba refugio debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de paja y de pluma.

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. El, capataz de tropa de don Clemente Farías, había marchado para "adentro"¹ hacía una semana.

En la cocina negra de humo se hallaban, cuando oyeron ladrar el perro hacia el lado del camino. Se asomó la muchacha y vio a un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

—¡León! ¡León! ¡Fuera! Entre para acá — gritó Elvira.

—¿Quién es? — preguntó la vieja sin dejar de revolver la olla de mazamorra.

—No lo conozco.

La joven volvió al lado de su madre y quedó expectante.

—Buenas tardes.

Agachándose — la puerta era muy baja —, el hombre entró.

¹ Adentro: Montevideo.

—Buenas. Sientesé. ¿Lo ha derrotado l'agua? Saquesé el poncho y arrimeló al fogón.

—Sí, es mejor. Aquí, no más.

El hombre colgó su poncho negro en un gran clavo cerca del fuego y sacudió el sombrero. Después, se sentó en un banco.

—¿Viene de lejos? —curioseó la madre.

—De Belastiquí.

—¿Y va?

—Pa l'estancia'e Molina, en el Arroyo Grande. Pensaba llegar hoy a San José, pero me apuré mucho por el agua y traigo cansadazo el caballo. Así que si me deja pasar la noche...

—Comodidá no tenemos... Puede traer su recaó y dormir aquí, en todo caso.

—¡Cómo no!... Estoy acostumbrao.

La muchacha, ahora acurrucada en un rincón, lo miraba de reojo. Y cuando oyó que iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón. Es que cada vez más le parecía que aquel hombre delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una negrísima barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie...

La vieja le interrumpió sus pensamientos diciendo:

—A ver, aprontá un mate.

Y siguió revolviendo la mazamorra, mientras daba conversación al forastero, que acariciaba al perro y retiraba la mano cuando éste rezongaba desconfiado de tanto mimo.

Elvira tiró la yerba vieja, puso nueva, le hizo absorber primero un poco de agua tibia para que se hinchara sin quemarse. En seguida, ofreció el mate al desconocido. Este la miró a los ojos y ella los bajó, trémula de susto. No sabía por qué. Muchas veces habían llegado así, de pronto, gentes de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Pero esa nochecita, con el ruido de los truenos y la lluvia, con la soledad, con muchas cosas, tenía un tremendo miedo a aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas.

Se dio cuenta de que él la obserbaba. Los ojos encapotados, sorbiendo lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha...

¡Oh, sí!, había que cansar muchos caballos para encontrar

otra tan linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas largas y flexibles. Tenía unos labios carnosos y chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pecho abultadito, lindo pecho de torcaza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera; toda ella producía unas ansias extrañas en quien la miraba; entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas... ¡yo qué sé!, una mezcla de deseos buenos y malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan dulce, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y ponían como alitas de ángel a las malas pasiones...

Embebecido cada vez más en la contemplación, el hombre sólo al rato advirtió que la muchacha estaba asustada. Entonces, algo le pasó también a él. Su mano vacilaba ahora al tenderla para recibir o entregar el mate.

Elvira iba entre tanto poniendo la mesa. Luego, los tres se sentaron silenciosos a comer. Concluída la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre fue bajo la lluvia hasta la enramada, desensilló, llevó el recado a la cocina y se sentó a esperar que hicieran la lidia jugando con el perro, con León que, por una presa tirada al cenar, había perdido la desconfianza y estaba íntimo con el desconocido.

—¡Mesmo qu'el hombre! — pensó éste.

Y siguió mirando el fuego y, de reojo, a Elvira.

Cuando terminaron la tarea, la madre desapareció para tornar con unas cobijas.

—Su poncho no se ha secado. Hasta mañana, si Dios quiere.

—Se agradece.

—¡Buenas noches! — deseó la muchacha cruzando ligero a su lado con la cabeza baja.

—Buenas.

Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz... Todo fue envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar.

El hombre tendió las cacharpas, se arrebujó en las mantas con el perro y sopló el candil.

El fogón, mal apagado, quedó brillando.

II

Un rato después se empezó a oír la respiración ruidosa y regular de la vieja. Pero en la cama de Elvira no había caído el descanso. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que algún peligro no la agarrara en el sueño, y su vista trataba en vano de atravesar las tinieblas... De cuando en cuando rezaba un Ave María que casi nunca terminaba, porque lo paraba en seco cualquier rumor, que la hacía sentar de un salto en la cama.

A eso de la media noche, bien claro oyó que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir que el aire frío entraba por las rendijas. Tuvo intención de despertar a su madre, pero no se animó a moverse. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó. No sintió nada. Y aquel silencio, después de aquel ruido, la asustaba más aún. No sentía nada, pero en su imaginación veía al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas; veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina... y como para convencerla de que era verdad que la puerta había sido abierta, seguía sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...

En efecto: el hombre, que se echó no más, sobre el recado, se había levantado, lo llevó otra vez a la enramada y, después de ensillar, había salido a pie hasta la manguera que estaba como a una cuadra dejándose pintar de rosado por los relámpagos.

El agua le daba de frente. Por eso avanzaba con la cabeza gancha.

Otro hombre le salió al encuentro, el poncho y el sombrero hechos sopa. Era un negro.

—¿Están las mujeres solas— preguntó ansioso.

—La plata tiene qu' estar en algún lao. Empecemos.

Sombrío, el otro respondió:

—Sí.

—No. No empezamos.

—¿Qué hay?

—Hay que yo no quiero.

—¿Que no querés?

—Sí, que no quiero.

—¿Pero estás loco?

—Peor pa mí si m' enloquecí. Pero ya te dije. Vamonós p' atrás.

—¿El qué?

—No hay qué que te valga. Como siempre, te acompaño cuando quieras; pero esta noche, no. Y aquí, menos.

—¡Hum! Si te salieran en luces malas los que has matao, te ciegaría la iluminación, y ahora te ha entrao por hacerte el angelito.

—Nadie habla aquí de bondá. Digo que no se me antoja y se acabó.

—Peor pa vos. Iré yo solo. ¡Qué tanto amolar por dos mujeres!

—Es que vos tampoco vas a ir.

—¿Desde cuándo es mi tutor el que habla?

—Desde que tengo la tutora — bramó el interpelado tanteándose la daga.

—¡Ahl! ¿Querés peliar? ¡Me lo hubieras dicho antes! Seguramente ya habrás hecho la cosa y quedrás la plata pa vos solo. Pero no te veo uñas, mi querido. Venite no más — y desenvainó su cuchillo.

—¡Cállate, negro de los diablos! — rugió el otro yéndosele arriba.

A la luz de los relámpagos, entre los charcos, los dos hombres se tiraban a partir. El de la barba negra, medio recogido el poncho con la mano izquierda, fue haciendo un círculo para ponerse de espaldas a la lluvia. Comprendiendo el juego, el negro dio un salto. Pero se resbaló y se fue de lomo. El otro

esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hundió en el tórax.

—¡Jesús, mama! — exclamó el negro.

Fue lo único que dijo. La muerte le tapó la boca.

El otro, en las mismas ropas del difunto limpió su daga. Después enderezó chorreando agua, montó y salió como sin prisa, al trotecito.

—¡Pucha que había sido cargoso el negro! — murmuraba —. ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no, y dale! ¡Estaba emperraol...!

La lluvia, gruesa, helada, seguía cayendo.

El primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz — doce de la mañana — muy ansiosos después de largo aguardar ya prontos aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de “¡Bah!... ¡Bah!... ¡Caballo!...”

El caballo lo constituye una tramoya de alambres en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón, que insinúa las formas del animal, mantiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo y oculta los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Entonces, los brazos armados de rebenque se alzan y se abaten, punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpes y grito obligan a adelantar a sus pingos que, con brincos, en vano hacen por librarse de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano — las cosas allí no son juguete — aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de “chupadas” pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las canteras que bordean el cami-

no, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los corcovos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices. . .

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

—¡Flor de jinete!

—¡A que no lo voltea!

Y al que marcha adelante — patrón o jefe — parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa. . .

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, corre entre llamaradas hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! — y se precipita en el agua. Del despacho de bebidas salen todos.

—¡Eso está mal! ¡Eso está mal! — protestan, imposibilitados de apcarse, los compañeros del accidentado, al galope hacia la profunda cantera y dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indespreciable cabalgadura.

—¡Consigan una piola! . . . ¡Pero mire qué cosa! — grita con voz lastimera.

—¡Si se corre más acá, hace pie, don!

—¿Para dónde? ¿Para allí?

—Síiii.

—¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

—Bueno, ¿y van a traer piola?

—¡Síiii! ¡Pantaleón fue a traer la del pózo!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejennós pasar a nosotros, que somos los compañeros de él, pues!

—¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado.

Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

—¡Pero, pero qué cosa! ¡Pero, pero qué cosa!

—¿Se mojó el caballo? — hace descender uno.

—¡Sí, está empapado!

—¡Pero mire qué cosa!

—¡Guarda! ¡Deu paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

—Agarresé, don!... ¡Y con los pies vaya ayudándoo!

—Sí, pero... ¡y no ve! — sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorba.

—¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote para el costado y usted corrasé para el otro costado!...

—¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos a todo lo que dan.

—¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiazó uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a atender al foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como cabalgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

—¡Ayude uno, que pesa una barbaridá por el agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientras al frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin saber dónde nieterse. Son buenas las ojas del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la piola, grita, a los amigos del caído:

—¡Retirensén para que se acerque el señor!...

—¿Y para dónde?

—¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo tranco desgarrado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

—¡Pero retirese, pues, usted también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces...

—¡Para ahí, no! ¡Para ahí, no, que están los otros!

Desvía el policiano y va a postarse junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. El incendio ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

—¡A mí! ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grandes botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

—¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos nosotros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al campo-santo. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

—Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

—Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

—Tienen que marchar a prestar declaración, los señores. Pantaleón, la piola de rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogosidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran en el pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tarde?
¡Si se cae que caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborazada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y como de la otra acera también los befán, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándolos. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

—¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páselos! — grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadito pasa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se dice tomando la cabeza de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

—¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, apenas. Porque derribándolos entre un brusco estrépito, derribando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

Paró la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

—¡Qué lástima, qué lástima, que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vio recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con “¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!”, la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... A nadie culpaba. Como si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso está bien! — se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él porque no había más nadie.

—Otra caña — respondió posando en Sosa una mirada tiernísima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran “vaso

particular y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de las mancebias le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: "Usted lo que precisa es lentes".

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, desde su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

—¿Es forastero el señor?

—Es verdad. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

—Buena gente, sin despreciar... ¡Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras adquiría, buscó inútilmente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! — pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la joven se retiró sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vio al momento salir del monte con una carga muy grande. Con ahinco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte, otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo, al principio sin saber a dónde iría a parar; después, desde una grave firmeza:

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero... Me la rebusco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de

aquel "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!", que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, miserables, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrero para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secretamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, ponía sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "Las cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más..."

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser: "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!"

Algún recuerdo muy hundido fue tocado por esta frase; pero la conciencia manoteó de nuevo, por suerte, la imagen de la muchacha, y, con ello, las verdaderas palabras a revelar en la carta hicieron presente su expectación. Lo que debía seguir era: "Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco...". Esto, pues, lo volvió por entero a la realidad. Allí fue donde el negro quedó en desazón. Inclinó a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parroquianos. Dejó la pluma. Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

—Otra vuelta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la misiva, comenzó a turbarse con cosas menos embarcadoras. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco "Aquí no pagamos nada y se acabó", él se puso en guardia.

—Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usted era una persona gente — confiaba con ternura Sosa al que acababa de revelar el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo, alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo — como el pantalón de él, sí, si él no tuviera botas —, posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérselo a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su compañero.

—Usted, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó que saliera libremente, de toda la boca, el humo.

—Usted, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua. . . Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión quería más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

—Y si la yegua no está. . . ¡usted la saca, lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que "si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro — seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierta caballo de que una vez fue dueño de pronto se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorio? Cuando comprendió para qué lo quería — para quererlo, precisamente — era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia “La Tablada”, allá tan lejos. Y pasó de regreso, a los días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que caballo y tropero desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó más. Ni un mes, ni en dos: nunca, nunca más.

—La yegua es suya. . .

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya! El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y, a una señal de Sosa, trajo otra vuelta.

—Es suya digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usted no me entiende lo que le quiero decir — advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó, sin advertir que inútilmente, la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos

del negro cuyo espíritu había caído en la conversación con un remolino y no hallaba nada en que agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió sin respirar.

—¿Y qué es de esa preciosa vida?

—Bien, por el momento — contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

¡Cómo ladraban los perros, lejos desde el fondo de la noche!

—¡Yo soy así! ¡Yo soy así! — sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha.

Ahora sí lo había empezado a ver otra vez Juan Pedro. Medio borroso, pero lo veía. Percibía el bigote de Sosa, sus pantalones por encima del tobillo, sus alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dio a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como al ventarrón a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, el rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

—¡Cuidado, Sosa, cuidado con el escalón!

Sin mirar, el negro vio la mesa, el lapicero, la carta. Y vio cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

RANCHO EN LA NOCHE

*Sobre la tierra de los hombres,
nada verá el ojo más blanco que
aquel blanco.*

D'Annunzio.

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? — "¡Qué bella eres! — cantan —. ¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco! ¡Blanco santo!"

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía: más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí, mísero: "Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!"

Dentro — negro terrón, paja dorada —, dos Malvones se estiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Ángel y al Perro. Del brazo. Marcial éste en su marcha para darse ufanía. ¡Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

— ¡Qué manera de hacer calor!

— ¿Dónde?

— Aquí.

— ¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

— No es nada, no; no es nada.

Un Gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y rojos. El, de immaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

— ¡Alas, querida! ¡Qué alas! ¿Te brincas!

— ¡No, que...! ¡Lindas son tus hijizas verdes en la cintura!
Barriguito de letas chisparrotea y coquita. Que en el patio,
sobre tierra y resaca de los jarrón, esa cabalgadura de alam-
bre y corpa ha ido a costalar, resonándolos. Jinetes barbuños
persegren en la sala. ¡Oh!, a saltar en la sala, desparramando si-
lbes y gente hacia los ríscos, contra la pared.

— ¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En las betes y brincas las gualdrapas descubren, en vez de
veses, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al te-
cho, para de oto. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa
en su trágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el
patio, expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábre-
se a la noche. A la diáfana libertad ofrecida entregase el polvo,
desvanecese entre cánticos: "No hay blancura más blanca que
su blanco...". Embebecida en un sueño más blanco, todavía,
ella, la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí mis-
ma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema
asordinado y exacto: "¡Oh, qué blanco tan blanco el de su blan-
co!".

— ¡Que lo tiral! ¡Sujetel! ¡Ay, Dios, qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas
verdes.

— ¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues...
Al patio pálido de luna y de dos linternas, dos faroles amarillos;
de luna embebecida en sí misma, cerrada en blanco, abierta sólo
a su interior, más blanco, todavía y, demasiado alta e inasible,
empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida
de amor, de las linternas. Suena la tierra entera: piedra y mon-
te y agua y carne, ahora emblanquecidos. Sueña la tierra entera,
ahora: "¿Dónde, dónde blancura ya más blanca? ¡Ninguno así
de blanco entre los blancos!"

Y Juan Pérez, ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas
blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como ma-
riposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne,
muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asi-
mismo — tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con

dificultad para que pueda transponer el estrecho, bajo dintel... la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

—¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

—¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazarro: parla y látigo. Más polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

—¡Qué tierra!

—¡Páre al instante el bicho!

—¡A ver, que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

—¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpical!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acordeón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

—“¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡Qué cosa!” — musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, oscuramente.

—¡Qué linda, ay, Dios!, ¡qué linda pieza es la que va a empezar!

—¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador — ha dicho el Perro, trémulo.

—¡Esas ramas, ay!

—¡Cuidado con sus ramas!

—¡Ay, qué fastidio! ¡Esas ramas que arañan!

—¡Es que es de balde, no se puede bailar así vestido! Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáquenme a mí despacito para el patio. ¿No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

—“¡Oh!” — ha gemido el acordeón —. “Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía...”

—“¡Oh! ¡Oh!” — las guitarras dejan brotar en trabazón oscura —. “¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!”

—“¡No estaba durmiendo, no! ¡Me oía!” — vuelve a quejarse,

desde su fatiga, el acordeón — "No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, todo!"

— "¡Oh! ¡Oh!" — murmuran las guitarras, oscuramente — "¡Oh! ¡Oh!, ¡ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo... y ríe!"

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

— "Estoy todo mojado!... ¡Me estoy muriendo de frío!... ¡Me estoy muriendo de este frío!"

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes. Un brusco bordoneo — sí, una mano — que las ciega, piadosa...

— ¡Ah!, le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol ¡y se horroriza!

— Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

— ¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

— Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

— Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían que hacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada toda la noche por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza techumbre de oro muerto y, sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay!, están gimiendo; gritan, ahora las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho tras los horizontes. Can rabioso, sierpe pérfida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensoñante...

Otra vez ruedan latas con escándalo. Que en la doma del

patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volteado al Oso — dormido en su borrachera — patas arriba sobre jarros y tarros. . . Pata de Palo — bota y palo — tira del en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez, sosteniendo al salvador, que tambalea.

— ¡Oh! ¡Oh! . . . ¡Oh! ¡Oh!" — murmuraban adentro ellas, las guitarras, oscuramente —, "Oh! ¡Oh!"

— ¡Qué trabajo para hacerse la colal

— No, parece. Y es del año pasado.

— ¡Ah, usted. . . la guarda!

— Sí, la guardo. . . y después me la pongo.

— ¡Oh! ¡Oh! . . . ¡Oh! ¡Oh!"

— ¡Pero me oía, sí! ¡No estaba dormida, me oía! . . ."

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha, todo, y ríe!"

¡Ay! ¡A bailar conmigo entre Pata de Palo y está borracho como una cuba!

— ¡Pata de Palo, no empuje!

— ¡Pata de Palo, que me pisa!

— ¡Oh! ¡Oh! . . . ¡Oh! ¡Oh! . . ."

— ¡Estoy mojado, todo mojado! ¡Y me oye golpear porque está despierta! . . . ¡Me oye, sí. . . sí. . . sí! . . ."

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto gruesas trancas!

— ¡Oh!, ¡Oh! ¡Ha puesto gruesas trancas! ¡Se va a morir de frío, de este frío!"

— ¡Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas innaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

— Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

— ¡Oh!, ¡Oh! ¡Ha puesto trancas! ¡Oh! ¡Oh! ¡qué cosa! ¡Lo va a matar. . . de frío, de este frío!"

— Siéntese en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y ahora, que beba la Muerte. Yo, después, el último. . . Y, y después, nosotros dos nos vamos y no vendremos nunca más. ¿Y usted, Muerte?

—¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolineantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas, dejando sin rutas al humo aquel y al polvo, en su fuga enloquecida...

Silencio... Silencio... junto a macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

—Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

—“¡Oh!, ¡Oh!... ¡Oh-ía!... ¡Oh-ía!...”

¡Se cayó Pata de Palo!

—“¡Oh!, ¡Oh-ía!... ¡Oh!, ¡Oh-ía!...”

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...

Silencio y golpe...

Silencio.

LAS RATAS

Me veo, siendo muy niño, siguiendo una mañana hacia el fondo de la casona familiar a una criada que, entre aspavientos, portaba una gran caldera de agua hirviente. El fondo era extenso. A un lado, estaba la caballeriza y el altillo para los forrajes, largos de varios metros. Al frente, las habitaciones de la servidumbre y de los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambre que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula, arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabezitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían mirar.

De pronto, profiriendo a gritos:

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora! — la mujer alzó la caldera.

Un chorro quemante, un solo, breve chorro, cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose, y se encogieron entre ahogados chillidos. La maldita jaula se estremeció, se dio vuelta, rodó, saltó, despidiendo un pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se paraban en dos patas las infortunadas, rascando con las uñas los fatales alambres. Y caían. Y en botes de epilepsia se destrozaban los hocicos buscando salida. Inexorable, la criada dejó caer un nuevo chorro; esta vez prolongado, perseguidor. Sin voz de horror, yo permanecía inmóvil, con los ojos secos, vueltos vidrio. Entre el clamor ya desvaneciéndose, la jaula daba tumbos, crujía a influjo de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían los dientecillos en las crispaciones del martirio.

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó encogiéndose en brusca crispatura y se

entró luego, imperceptiblemente. Entonces, enloquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo el cuerpo fuerte. Pero alcanzada otra vez por el agua, tocó el techo, de un brinco, rodó también, tendiéndose, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la tersura de aquellas pieles grises. La mujer se alejó sin mirarme. Yo... yo no había recibido todavía el golpe de saber que las oraciones aprendidas eran sólo para los humanos; que lo demás, las plantas, las bestias, la tierra toda quedaba fuera, en horroroso desamparo. Cuando pude salir de mi anonadamiento, me arrodillé, pues. Y elevé mis preces a Dios por las almas de las dos bestezuelas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz se posesionó de mí. Volví al patio. Entré en el cuarto donde mi madre yacía en cama, enferma. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciarse. Ella extendió el brazo, y acarició mis mejillas. Estaba ojerosa y pálida. Bella como la que, allí mismo, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Mi madre me cantaba siempre la canción de un viejo arpista muy pobre, con varios niñitos, a quienes tenía muy poco que darles de comer. Una noche de lobos en que llegó sin nada, al oír "¡Danos pan! ¡Tenemos hambre!", desesperado, se puso a tañer el arpa. Ellos danzaban. Danzaban hasta caer, dormidos, a sus pies, para no abrir ya nunca más los ojos.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños hambrientos.

—Mamá — dije, trepándome a la cama —, cántame lo de los niños.

Ella sonrió, melancólicamente. Me situó de manera que yo no tocara su vientre, y accedió con su cara junto a la mía. Pero su acento, ahora, evocaba para mí más que niños danzando hasta morir bajo los sonos del arpa. Yo veía también ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De pronto, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba llorando mi madre. Evocaba por su parte, sin duda,

ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el que iba a nacerle, que nos hundiríamos pronto en el incierto, hondo porvenir. Recién terminaba una guerra. El padre, herido, todavía no había llegado: en los fogones revolucionarios las brasas ardían, aún... Pero siguió con un acento triste como nunca, como jamás había cantado, mientras mi alma se iba sintiendo presa de un oscuro y poderoso infortunio que me fue estrechando cada vez más a ella, hasta que, de pronto, lanzó un gemido mi madre. Y una anciana negra, arrojando su cigarro a medio fumar, entró en el cuarto y me llevó afuera a pesar de las protestas.

En el patio, junto al pasillo de la puerta de calle, sobre una pequeña mesa, había siempre una bandeja con monedas para los mendigos que acudían diariamente. Al pasar junto a ella me asaltó una súbita idea que quise rechazar lleno de susto; pero que lenta y seguramente fue ganando mi voluntad. Se disimulaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y se ocultaba en seguida, conducía mi imaginación hacia los estantes del vecino almacén y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones, hacia las negras cuevas de las ratas...

Desde ese momento, muchas veces me dirigía a la caballeriza, subía por la escalera hasta el vasto altillo, me tumbaba entre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido... ¡Ah! Era de noche, imaginaba yo, era de noche en una inmensa planicie solitaria. Me veía, a la luz de una luna pálida, con las manos desbordantes de exquisitas confituras. Y de todos los puntos del horizonte irrumpían, entonces, las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanzaba el pardo tendal como tibia marea de lava. Mis manos se abrían inagotables. Y los míseros roedores devoraban, junto con los dulces dones, mi ternura irresistible y desbordada. Lejos las

trampas traicioneras, las criadas cueles, los humeantes calderos. En la vasta planicie ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incorporaba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban éstos entre mis piernas. Cogían en el aire los trozos de pan, de queso, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos mis brazos arrojábanlos en derredor a los lejanos. Luego, calladamente, bajo la luna pálida, ibause retirando hacia detrás del confin. Y quedaba yo sólo en la vasta planicie. Solo, grave y amoroso como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

Pero pronto la realidad volvía. Y me asaltaba la desolación. Deambulaba sin sombra por la enorme casa. Yo, niño, entre las campanadas de las altas torres que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¿Malditas las que roban, destrozan, contagian las pestes? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y me escurría entre las patas de los caballos, y trepaba al altillo a reñonar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño empezó a exigir algo, aunque fuese un poco, de verdad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, de sabrosas provisiones. Entonces, me ahogaba la congoja. Y la sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mover mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo mascar de los caballos. Este rumor oscuro, paciente, se fundía al oscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y oscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un desesperado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotes de jaula. Hundía la cara entre el pasto seco, cuyo perfume traía también sus peculiares sensaciones de oscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas por debajo del vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de policías emponchados, que atravesó el pueblo cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza, que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la

lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, seguido de patibularios emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre, . . .

Pero triunfó mi piedad. Y atravesó el patio. Y robé. Y compré. Y reparti entre mis invisibles amigos, echándoles dentro de las cuevas el botín de mis robos.

Pasaron los años. Dejé el pueblo por Montevideo. Pero me ahogaba. Regresé. Y mi corazón me fue arrastrando hacia las miserables cuevas de quienes suelen destrozar, llevar las pestes. Ahora, éstos eran hombres. ¡Ay, Dios mío!

Como aquella luna había puesto todo igual, igual que de día, ya desde el medio del Paso, con el agua al estribo, lo vio Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar, bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento, él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote, el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento... y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrada. A los costados de la cara, retorcidos esmeradísimamente, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecado del semblante, tamaño atención a los bigotes no le sentaba.

—¿Va para aquellos lados, mozo? — le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento, no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor interés por saber quién era el importuno, lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija.

—¡Lo que son las cosas, parece mentira!... ¡Te vi caer al paso, mirá... y simpatiqué en seguida!

Le clavó un ojo Rodríguez, incomodado por el tuteo, al tiempo que el interlocutor le lanzaba, también al sesgo, una mirada que era un cuchillo de punta, pero que se contrajo al hallar la del otro y, de golpe, quedó cual la del cordero.

—Por eso, por eso, por ser vos, es que me voy al grano, derecho. ¿Te gusta la mujer?... Decí Rodríguez, ¿te gusta?

Brusco escizor le hizo componer el pecho a Rodríguez, mas se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la desazón le removió su fastidio, Rodríguez volvió a carraspear, esta vez con mayor dureza. Tanto que, inclinándose a un lado del zaino, escupió.

—Alegrate, alegrate mucho, Rodríguez — seguía el ofertante mientras, en el mejor de los mundos, se atusaba, sin tocarse la cara, una gúa del bigote. — Te puedo poner a tus pies a la mujer de tus deseos. ¿Te gusta el oro?... Agenciarte latas, Rodríguez, y botijos, y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es linko? Al momento, sin apearte del zaino, quedarás hecho comisario o jefe político o coronel. General, no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados. Pero de ahí para abajo... no tenés más que elegir.

Muy fastidiado por el parloteo, seguía mudo, siempre, siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

—Mirá, vos no precisás más que abrir la boca...

—¡Pucha que tiene poderes, usted! — fue a decir, Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio, aburría al cargoso.

Este, que un momento aguardó tan siquiera una palabra, sintióse invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro... Después, su cabeza se abatió sobre el pecho, pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca.

Asimismo bajo la ancha blancura, ¡qué silencio, ahora al paso de los jinetes y de sus sombras tan nítidas! De golpe pareció que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos, cada cual con su ruido.

A las cuadras, la mano de Rodríguez asomó por el costado del poncho con tabaquera y con chala. Sin abandonar el trote se puso a liar.

Entonces, en brusca resolución, el de los bigotes rozó con la espuela a su oscuro, que casi se dio contra unos espinillos. Separado un poco así, pero manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás, fue que dijo:

—¿Dudás, Rodríguez? ¡Fijate, en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche. Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez y, no queriendo darle tiempo a reaccionar, sacó de entre los pliegues del poncho el

largo brazo puro hueso, sin espinarsse manoteó una rama de tala y señaló, soberbio:

—¡Mirá!

La rama se hizo víbora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la oprimía por el medio y, cuando con altanería el forastero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

Registrábase Rodríguez en procura de su yesquero. Al acompañante, sorprendido del propósito, le fulguraron los ojos. Pero apeló al poco de calma que le quedaba, se adelantó a la intención y, dijo con forzada solicitud, otra vez muy montado en el oscuro:

—¡No te molestés! ¡Servite fuego, Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llamita brotó entre ellos. Corrióla entonces hacia la uña del pugar y, así, allí paradita, la presentó como en palmatoria.

Ya el cigarro en la boca, al fuego la acercó Rodríguez inclinando la cabeza, y aspiró.

—¿Y? . . . ¿Qué me decís, ahora?

—Esas son pruebas — murmuró entre la amplia humada Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Sobre el ánimo del jinete del oscuro la expresión fue un baldazo de agua fría. Cuando consiguió recobrase, pudo seguir, con creciente ahinco, la mente hecha un volcán.

—¿Ah, sí? ¿Conque pruebas, no? ¿Y esto?

Ahora miró de lleno Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcobos en un toro cimarrón, presentado con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya echando humo el cuero.

—¿Y esto otro? ¡Mirá qué aletas, Rodríguez! — se prolongó, casi hecho imploración, en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante, y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez. Pero Rodríguez seguía trotando. Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

-Hablane, Rodriguez, ¿y esto? ... ¡por favor, fíjate bien! ...
«Kh? ... ¡Fíjate!

-¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no desplomarse del brusco sofrenazo, el bague quedó clavado de cola.

-¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el zainito — hasta donde no llegó la exclamación por haber surgido entre un ahogo — seguía muy campante bajo la blanca, tan blanca luna tomando distancia, el otra vez oscuro, al sentir enterrársele las espuelas, giró en dos patas enseñando los dientes, para volver a apostar a su jinete entre los sauces del Paso.



I N D I C E

El hombre pálido	7
Pedro Iglesias	13
Yerra	27
María del Carmen	31
Cosas de la vida	42
Visita de duelo	51
El angelito	55
Todavía, no	66
Lo inefable	85
El rapto	95
Los cinco	109
¡Qué lástima!	116
Rancho en la noche	123
Las ratas	129
El milagro del Hermano Simplicio	134
Rodríguez	143

impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la comunidad del sur, canelones 1484, montevideo, en el mes de enero de 1975, edición amparada en el art. 79, de la ley 13.349.
Depósito Legal Nº 71.683



arca

Desde sus primeros cuentos en 1926, Paco Espínola dio originalmente con una visión aguda y profunda del hombre de nuestra tierra. Su arte narrativo, trató desde entonces el tema criollo con una hondura que le permitió alcanzar una dimensión verdaderamente clásica, ya sea en el desarrollo de las situaciones trágicas, ya sea en el despliegue de una delicada ironía que se posa a menudo sobre sus personajes como un gesto comprensivo y cariñoso de su autor.

Esta edición de sus cuentos completos le muestran en su cabal dimensión de maestro de la literatura uruguaya contemporánea.

